

LA MUJER ROTA

Simone de Beauvoir



Ilustrado por
Sara Herranz

Simone de Beauvoir

LA MUJER ROTA

Traducción de
Dolores Sierra y Neus Sánchez

Ilustrado por
Sara Herranz

Título original: *La femme rompue*

Traducción de Dolores Sierra y Neus Sánchez (traducción cedida por Edhasa)

© de las ilustraciones, Sara Herranz, 2020

© de la presente edición, Editorial Planeta, S.A., 2020

Lunwerk es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.

Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 17 – 28027 Madrid

www.lunwerk.com

www.instagram.com/lunwerk

www.facebook.com/lunwerk

www.twitter.com/Lunwerolibros

© Editions Gallimard, París, 1967

Primera edición en Lunwerk: septiembre de 2020

ISBN: 978-84-17858-99-5

Depósito legal: B. 6.184-2020

Imprime: Liberdúplex

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



Lunes 13 de septiembre. Las Salinas

Extraordinario decorado el de ese esbozo de ciudad abandonada en los confines de un pueblo y al margen de los siglos. He bordeado la mitad del hemiciclo, he subido por las escalinatas del pabellón central: he contemplado largo rato la sobria majestad de estas construcciones edificadas con fines utilitarios y que nunca han servido para nada. Son sólidas, son reales, y sin embargo su abandono las transforma en un simulacro fantástico: una se pregunta de qué. La hierba cálida bajo el cielo de otoño y el olor de las hojas muertas me aseguraban que no había abandonado este mundo, pero había retrocedido doscientos años atrás. Fui a buscar unas cosas al coche; extendí en el suelo una manta, unos cojines, puse la radio a transistores y he fumado mientras escuchaba a Mozart. Detrás de dos o tres ventanas polvorientas adivino presencias: sin duda, son oficinas. Un camión se ha detenido ante uno de los portones, unos hombres los han abierto, han cargado unos sacos en la parte trasera del vehículo. Ninguna otra cosa ha alterado el silencio de esta siesta: ni un visitante. Terminado el concierto, me he puesto a leer. Doble sensación de desorientación: me iba muy lejos, a orillas de un río desconocido; alzaba la vista y volvía a encontrarme en medio de estas piedras, lejos de mi vida.

Porque lo más sorprendente es mi presencia aquí, la alegría de esta presencia. La soledad de este regreso a París me atemorizaba. Hasta ahora, a falta de Maurice, las niñas me acompañaban en todos mis viajes. Creía que iba a echar de menos los entusiasmos de Colette, las exigencias de Lucienne. Y resulta que me es devuelta una calidad de alegría olvidada. Mi libertad me rejuvenece veinte años. A tal punto que, cerrado el libro, me he puesto a escribir para mí misma, como a los veinte años.

Nunca dejo a Maurice sin apenarme. El congreso dura solamente una semana y, sin embargo, mientras íbamos en coche desde Mougins hasta el aeropuerto de Niza tenía la garganta anudada. Él también estaba emocionado. Cuando el altavoz llamó a los pasajeros para Roma, me abrazó con fuerza: «No te mates con el coche». «No te mates en el avión». Antes de desaparecer, volvió una vez más la cabeza hacia mí; en sus ojos había una

ansiedad que me ha conquistado. El despegue me pareció dramático. Los cuatrimotores alzan vuelo lentamente, en un largo hasta la vista. El jet se alejó de la pista con la brutalidad de un adiós.

Pero pronto he empezado a alegrarme. No, la ausencia de mis hijas no me entristecía; al contrario. Podía conducir tan rápidamente, tan lentamente como quería, ir a donde deseaba, detenerme cuando me daba la gana. He decidido pasar la semana vagabundeando. Me levanto con la luz. El coche me espera en la calle, en el patio, como un animal fiel; está húmedo de rocío; le seco los ojos y atravieso alegremente el día que comienza a solearse. A mi lado está el bolso blanco con los mapas. Michelin, la Guía Azul, libros, un cardigan, cigarrillos; es un compañero discreto. Nadie se impacienta cuando pregunto a la patrona de la hostería su receta del pollo con cangrejos.

Va a caer la noche pero al atardecer está todavía templado. Es uno de esos instantes conmovedores en que la tierra está tan de acuerdo con los hombres que parece imposible que no sean todos felices.

Martes 14 de septiembre

Una de las cosas que encantaban a Maurice es la intensidad de lo que él llamaba mi «atención a la vida». Durante esta breve intimidad conmigo misma se ha reanimado. Ahora que Colette está casada, Lucienne en Norteamérica, tendré tiempo para cultivarla. «Vas a aburrirte. Deberías conseguir un empleo», me dijo Maurice en Mougins. Insistió. Pero, por el momento, en todo caso, no tengo ganas. Quiero vivir por fin un poco para mí. Y aprovechar con Maurice esta soledad de dos de la cual tanto tiempo hemos estado privados. Tengo un montón de proyectos en la cabeza.

Viernes 17 de septiembre

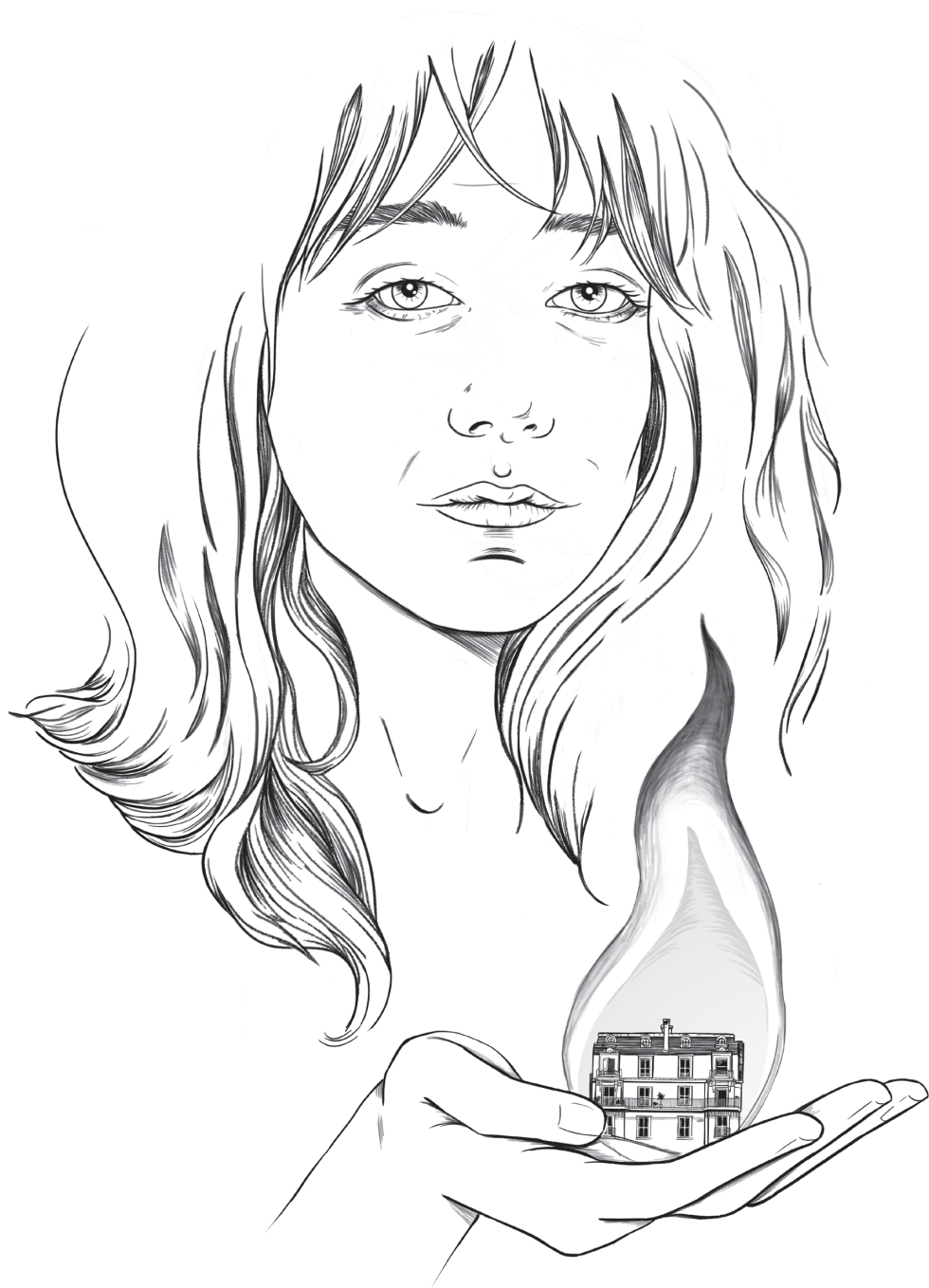
El martes llamé por teléfono a Colette: estaba con gripe. Protestó cuando le dije que volvía enseguida a París, Jean-Pierre la cuida muy bien. Pero yo

estaba inquieta y regresé ese mismo día. La encontré en cama, muy enflaquecida; tiene fiebre todas las noches. Ya en agosto, cuando la acompañé a la montaña, su salud me inquietaba. No veo la hora de que Maurice la examine y me gustaría que consultara a Talbot.

Aquí estoy, con otra protegida a mi cuidado. Cuando dejé a Colette, el miércoles después de cenar, el tiempo era tan agradable que fui en coche hasta el Barrio Latino; me senté en las sillas de la terraza y fumé un cigarrillo. En la mesa de al lado había una chiquilla que devoraba con los ojos mi paquete de Chesterfield; me pidió un cigarrillo. Le hablé; eludió mis preguntas y se levantó para irse; alrededor de quince años, ni estudiante ni prostituta, me intrigaba; le propuse llevarla a su casa en coche. Se negó, vaciló y terminó por confesar que no sabía dónde ir a dormir. Por la mañana se había escapado del centro en el cual la había alojado la Asistencia Pública. La he tenido en casa dos días. Su madre, más o menos retrasada mental, su abuelo, que la detesta, han renunciado a sus derechos sobre ella. El juez que se ocupa de su caso le ha prometido enviarla a un hogar adonde le enseñarán un oficio. Mientras tanto, vive «provisoriamente» desde hace seis meses en esa casa de la cual no sale *nunca* —salvo el domingo para ir a misa, si quiere— y donde no le dan ninguna tarea para hacer. Están allí, unas cuarenta adolescentes, materialmente bien cuidadas, pero que languidecen de aburrimiento, de desgana, de desesperación. Por la noche se le da a cada una un somnífero. Se las arreglan para no tomarlo y guardarlo. Y un buen día se tragan de golpe toda la reserva. «Una fuga, una tentativa de suicidio: es lo que hace falta para que el juez se acuerde de una», me dijo Marguerite. Las fugas son fáciles, frecuentes, y si no duran mucho tiempo no acarrear consecuencias.

Le he jurado que removería cielo y tierra para conseguir que la transfieran a un hogar y se dejó convencer para regresar al centro. Yo hervía de cólera cuando la vi franquear la puerta, cabizbaja y arrastrando los pies. Es una hermosa jovencita, nada tonta, muy gentil, y que no pide otra cosa que poder trabajar: le están destrozando su juventud; a ella y a millares de otras. Mañana hablaré por teléfono con el juez Barron.

¡Qué duro es París! Aun en estos pegajosos días de otoño esa dureza me oprime. Esta noche me siento vagamente deprimida. He hecho planes



para transformar la habitación de las chicas en una sala más íntima que el despacho de Maurice y la sala de espera. Y me doy cuenta de que Lucienne ya no vivirá nunca más aquí. La casa estará tranquila, pero muy vacía. Me atormento sobre todo por Colette. Felizmente, Maurice regresa mañana.

Miércoles 22 de septiembre

Esta es una de las razones (la principal) por las cuales no tengo ningunas ganas de atarme a una tarea: difícilmente soportaría no estar totalmente a disposición de quienes me necesitan. Paso casi todo el día en la cabecera de la cama de Colette. Su fiebre no baja. «No es grave», dice Maurice. Pero Talbot pide que le hagan análisis. Ideas aterradoras me pasan por la cabeza.

El juez Barron me ha recibido esta mañana. Muy cordial. El caso de Marguerite Drin le parece lamentable, y hay millares parecidos. El drama es que no existe ningún lugar para alojar a estas chicas, no hay personal capaz de ocuparse de ellas adecuadamente. El gobierno no hace nada. Entonces, los esfuerzos de los jueces y de las asistentes sociales se estrellan contra una pared. El centro donde se encuentra Marguerite no es más que un lugar de tránsito; al cabo de tres o cuatro días deberían haberla mandado a otra parte. ¿Pero adónde? No hay nada. Las chicas se quedan allí, donde no se ha previsto nada para ocuparlas en algo ni para distraerlas. Así y todo, tratará de encontrar un lugar, en algún sitio, para Marguerite. Y va a recomendar a las asistentes del centro que me autoricen a verla. Los parientes no han firmado el papel que los privaría definitivamente de sus derechos, pero no se trata de que nuevamente se hagan cargo de la niña; ellos no lo desean y también para ella sería la peor solución.

Salí de los tribunales irritada contra la incuria del sistema. El número de delincuentes jóvenes aumenta, y no se contempla otra medida que redoblar la severidad.

Como me encontraba ante la puerta de la Sainte-Chapelle, entré, subí por la escalera de caracol. Había turistas extranjeros y una pareja que

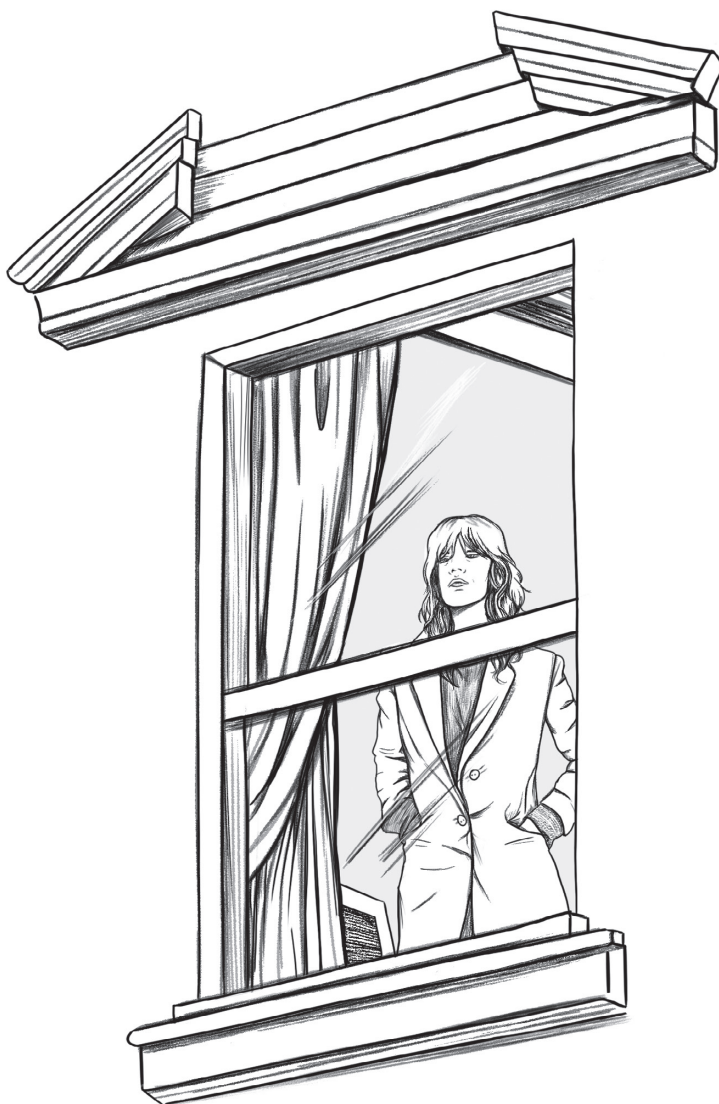
contemplaba los vitrales, cogidos de la mano. En lo que a mí respecta, no miré muy bien. Nuevamente pensaba en Colette y me inquietaba.

Y me inquieto. Imposible leer. La única cosa que podría aliviarme sería conversar con Maurice: no estará aquí antes de medianoche. Desde su regreso de Roma pasa las veladas en el laboratorio con Talbot o Couturier. Dice que se están acercando al objetivo. Puedo comprender que lo sacrifique todo a sus investigaciones. Pero es la primera vez en la vida que tengo una gran preocupación sin que él la comparta.

Sábado 25 de septiembre

La ventana estaba a oscuras. Me lo esperaba. Antes (¿antes de qué?), cuando por excepción yo salía sin Maurice, al volver había siempre un rayo de luz entre las cortinas rojas. Yo subía los dos pisos corriendo, tocaba el timbre, demasiado impaciente para buscar mi llave. Subí sin correr, metí la llave en la cerradura. ¡Qué vacío estaba el apartamento! ¡Qué vacío está! Evidentemente, puesto que no hay nadie dentro. Pero no, por costumbre, cuando regreso a casa encuentro a Maurice, aun en su ausencia. Esta noche las puertas se abren ante habitaciones desiertas. Las once. Mañana se sabrán los resultados de los análisis y tengo miedo. Tengo miedo y Maurice no está aquí. Ya lo sé. Es preciso que sus investigaciones lleguen a su fin. Así y todo, estoy enfadada con él. «¡Te necesito y no estás aquí!». Tengo ganas de escribir estas palabras sobre un papel que dejaría a la vista en el vestíbulo, antes de irme a acostar. Si no, me callaré, como ayer, como anteayer. Él estaba siempre aquí cuando tenía necesidad de él.

... He regado las plantas; he empezado a arreglar la biblioteca y me he parado. Me sorprendió su indiferencia cuando le hablé de montar este salón. Tengo que confesarme la verdad; siempre he deseado la verdad, si la he obtenido es porque la quería. ¡Pues bien! Maurice ha cambiado. Se ha dejado devorar por su profesión. Ya no lee. Ya no escucha música. (Me gustaba tanto nuestro silencio y su rostro atento cuando escuchábamos Monteverdi o Charlie Parker). Ya no nos paseamos juntos por París y



los alrededores. Ya casi no tenemos verdaderas conversaciones. Empieza a parecerse a sus colegas, que no son más que máquinas de hacer carrera y ganar dinero. Soy injusta. El dinero, el éxito social; se ríe de ello. Pero desde que, en contra de mi opinión, hace diez años decidió especializarse, poco a poco —y eso es precisamente lo que yo temía— se ha empobrecido. Incluso en Mougins, este año, me pareció lejano, ávido por reencontrar la clínica y el laboratorio; distraído y hasta moroso. ¡Vamos!, mejor decirme a mí misma la verdad hasta el fin. En el aeropuerto de Niza sentía el corazón oprimido a causa de esas sombrías vacaciones dejadas detrás de nosotros. Y si en las salinas abandonadas conocí una felicidad tan intensa fue porque Maurice, a cientos de kilómetros, volvía a serme cercano. (Curiosa cosa, un diario: lo que se calla es más importante que lo que se anota). Se diría que su vida privada ya no le concierne. La primavera pasada, ¡con qué facilidad renunció a nuestro viaje por Alsacia! Sin embargo, mi decepción lo afligió. Le dije alegremente: «¡La curación de la leucemia bien merece algunos sacrificios!». Pero, antes, para Maurice la medicina significaba personas de carne y hueso que había que aliviar. (Estaba tan decepcionada, tan desamparada durante mi permanencia en Cochín, por la fría benevolencia de los jefes de sala, por la indiferencia de los estudiantes; y en los hermosos ojos melancólicos de ese externo encontré una angustia, una rabia semejante a la mía. Creo que lo amé desde ese instante). Tengo miedo de que ahora para él sus enfermos no sean sino casos. Saber le interesa más que curar. Y hasta en sus relaciones con quienes lo rodean se vuelve abstraído, él, que era tan vivaz, tan alegre, tan joven a los cuarenta y cinco años como cuando lo encontré... Sí, algo ha cambiado puesto que escribo acerca de él, de mí, a sus espaldas. Si él lo hubiera hecho, me sentiría traicionada. Éramos el uno para el otro una absoluta transparencia.

Aún lo somos; mi cólera nos separa: le será fácil desarmarla. Necesitaré un poco de paciencia; después de los períodos de agotamiento viene la bonanza. El año pasado también trabajaba frecuentemente por las noches. Sí, pero yo tenía a Lucienne. Y, sobre todo, nada me atormentaba. Bien sabe él que en este momento no puedo leer ni escuchar discos, porque tengo miedo. No dejaré ninguna nota en el vestíbulo, pero hablaré con él. Al

cabo de veinte —veintidós— años de matrimonio, una concede demasiado al silencio: es peligroso. Pienso que me he ocupado demasiado de las niñas todos estos últimos años. Colette era tan afectuosa y Lucienne tan difícil. Yo no estaba tan disponible como Maurice podía desear. Hubiera debido hacérmelo notar en lugar de lanzarse a trabajos que ahora lo alejan de mí. Tenemos que explicarnos.

Medianoche. Tengo tanta prisa por verlo, por ahogar esta cólera que todavía protesta dentro de mí, que dejo los ojos clavados en el reloj de pared. La aguja no avanza; me exaspero. La imagen de Maurice se deshace; ¿qué sentido tiene luchar contra la enfermedad y el sufrimiento si uno trata a su propia mujer con tanto descuido? Eso es indiferencia. Dureza. Es inútil rabiar. Basta. Si los análisis de Colette son desfavorables, mañana voy a necesitar toda mi sangre fría. Entonces, debo tratar de dormir.

Domingo 26 de septiembre

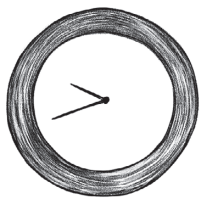
Así que ocurrió. Me ocurrió.

Lunes 27 de septiembre

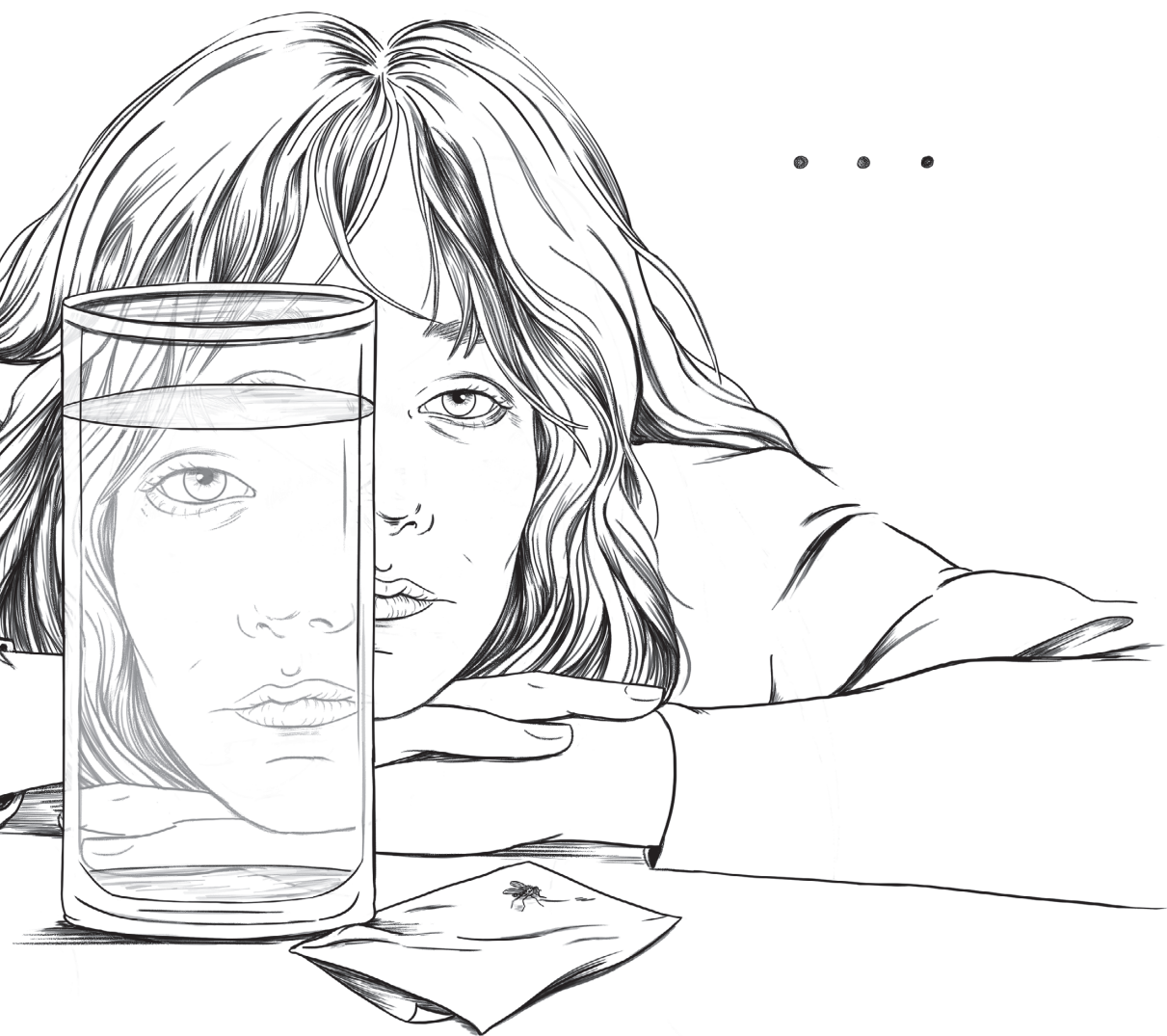
¡Pues sí! Me sucedió. Es *normal*. Debo persuadirme de eso y controlar esta cólera que me sacudió durante todo el día de ayer. Maurice me ha mentido, sí; eso también es normal. Hubiera podido continuar en lugar de hablarme. Aunque tardía, debo agradecerle su franqueza.

El sábado terminé por dormirme. De vez en cuando, tendía la mano hacia la cama gemela; la sábana estaba lisa. (Me gusta dormirme antes que él, mientras trabaja en su escritorio. A través del sueño, oigo correr el agua, huelo un ligero olor a agua de colonia, tiendo la mano, su cuerpo hincha las sábanas y naufrago en la beatitud). La puerta de entrada sonó ruidosamente. Grité: «¡Maurice!». Eran las tres de la mañana. No habían trabajado hasta las tres, habían bebido y charlado. Me erguí en la cama:





...



—¿A qué hora vuelves? ¿Qué hora es?

Se sentó en un sillón. Tenía un vaso con whisky en la mano.

—Son las tres, ya sé.

—Colette está enferma, yo me muero de inquietud, y tú regresas a las tres. No habéis trabajado hasta las tres.

—¿Colette ha empeorado?

—No mejora. ¡No te importa! Evidentemente, cuando se está a cargo de la salud de toda la humanidad, una hija enferma no pesa mucho.

—No seas hostil.

Me miraba con una gravedad algo triste, y me derretí como me derrito siempre que él me envuelve en esa luz sombría y cálida. Pregunté con dulzura:

—Dime por qué vuelves tan tarde.

No contestó nada.

—¿Estuviste bebiendo? ¿Jugando al póquer? ¿Salisteis? ¿Te has olvidado de la hora?

Continuaba callado, con una especie de insistencia, haciendo girar el vaso entre sus dedos. Lancé al azar palabras absurdas para hacerlo salir de sus casillas y arrancarle una explicación:

—¿Qué sucede? ¿Hay una mujer en tu vida?

Sin dejar de mirarme, dijo:

—Sí, Monique, hay una mujer en mi vida.

(Todo era azul encima nuestro y bajo nuestros pies; a través del estrecho se percibía la costa africana. Él me abrazaba. «Si me engañaras, me mataría». «Si tú me engañaras, no tendría necesidad de matarme. Moriría de pena». Hace quince años. ¿Ya? ¿Qué son quince años? Dos y dos suman cuatro. Te amo, no amo a nadie sino a ti. La verdad es indestructible, el tiempo no la modifica en nada).

—¿Quién es?

—Noëllie Guérard.

—¡Noëllie! ¿Por qué?

Alzó los hombros. Era evidente. Yo sabía la respuesta: bonita, brillante, seductora. El tipo de aventura sin consecuencias y que halaga a un hombre. ¿Necesitaba ser halagado?

Me sonrió.

—Estoy contento de que me hayas preguntado. Detestaba mentirte.

—¿Desde cuándo me mientes?

Apenas vaciló:

—Te mentí en Mougins. Y desde mi regreso.

Desde hacía cinco semanas. ¿En Mougins pensaba en ella?

—¿Te has acostado con ella cuando te has quedado solo en París?

—Sí.

—¿La ves frecuentemente?

—¡Oh, no! Sabes bien que trabajo...

Pedí algunas precisiones. Dos veladas y una tarde desde su regreso, me parece que eso es frecuentemente.

—¿Por qué no me avisaste enseguida?

Me miró tímidamente y me dijo, con pesar en la voz:

—Decías que morirías de pena...

—Son cosas que se dicen.

De pronto tuve ganas de llorar: no me moriría por eso, era lo más triste. A través de brumas azules mirábamos África, a lo lejos, y las palabras que pronunciábamos no eran nada más que palabras. El estupor me vaciaba la cabeza. Necesitaba un plazo para comprender lo que me sucedía. «Vamos a dormir», dije.

La cólera me despertó temprano. Qué aspecto inocente tenía, los cabellos enmarañados encima de la frente rejuvenecida por el sueño. (En agosto, durante mi ausencia, ella se despertó a su lado: ¡no logro creerlo! ¿Por qué acompañé a Colette a la montaña?). ¡Durante cinco semanas me has mentido! «Esta noche hemos dado un gran paso adelante». Y volvía de casa de Noëllie. Tuve ganas de sacudirlo, de insultarlo, de gritar. Me dominé. Dejé una nota sobre la almohada: «Hasta esta noche»; segura de que mi ausencia lo enternecería más que cualquier reproche, uno no puede responder con nada a la ausencia. Caminé al azar por las calles, obsesionada por estas palabras: «Me ha mentido». Se me atravesaban imágenes: la mirada, la sonrisa de Maurice para Noëllie. Las ahuyentaba. No la mira como me mira. No quería sufrir, no sufría, pero el rencor me sofocaba: «¡Me ha mentido!». Yo



decía: «Me moriría de pena»; sí, pero él me lo hacía decir. Había puesto más ardor que yo en concluir nuestro pacto; nada de compromiso, nada de licencia. Íbamos en coche por el camino de Saint-Bertrand-de-Comminges y él me abrazaba: «¿Te colmaré siempre?». Se irritó porque yo no contestaba con bastante ardor (¡pero qué reconciliación en el dormitorio de la vieja hostería con el olor de las madreselvas que entraba por la ventana! Hace veinte años; fue ayer). Él me colmó, no he vivido más que para él. ¡Y él, por un capricho, ha traicionado nuestros juramentos! Me decía a mí misma: exigiré que rompa, enseguida... Fui a casa de Colette; todo el día me ocupé de ella, pero interiormente hervía. Regresé a casa agotada. «Voy a exigir que rompa». ¿Pero qué significa la palabra «exigencia» después de toda una vida de amor y cordialidad? Nunca he pedido para mí nada que no quisiera también para él.

Me tomó en sus brazos con aspecto algo extraviado. Había llamado por teléfono varias veces a casa de Colette y no había contestado nadie (para que no la molestaran, yo había descolgado el teléfono). Estaba enloquecido de inquietud.

—¿No se te habrá ocurrido, así y todo, que iba a suicidarme?

—Se me ha ocurrido cualquier cosa.

Su ansiedad me llegó al corazón y lo escuché sin hostilidad. Seguro, es culpa suya haberme mentido, pero es preciso que yo comprenda: uno ya no se atreve a confesar, porque hay que confesar también que uno ha mentido. El obstáculo es aún más infranqueable para las personas que, como nosotros, dan tanta importancia a la sinceridad. (Lo reconozco: con qué encarnizamiento yo hubiera mentido para disimular una mentira). Nunca he hecho concesiones a la mentira. Las primeras mentiras de Lucienne y de Colette me dejaron fuera de combate. Me costó admitir que todos los niños mienten a su madre. ¡A mí, no! No soy una madre a la que se miente; no soy una mujer a la que se miente. Orgullo imbécil. Todas las mujeres se creen diferentes; todas piensan que ciertas cosas no pueden sucederles, y todas ellas se equivocan.

Hoy he reflexionado mucho. (Es una suerte que Lucienne esté en Norteamérica. Hubiera tenido que hacerle una comedia. No me hubiera

dejado en paz). Y fui a hablar con Isabelle. Me ayudó, como siempre. Tenía miedo de que me comprendiera mal, ya que ella y Charles han apostado a la carta de la libertad, y no como Maurice y yo a la de la fidelidad. Pero eso no le ha impedido, me dijo, coger algunas rabieta contra su marido, ni sentirse a veces en peligro: creyó, hace seis años, que él iba a dejarla. Me ha aconsejado tener paciencia. Siente mucha estima por Maurice. Le parece natural que haya querido tener una aventura, excusable que al principio me lo haya ocultado; pero seguramente se cansará pronto del asunto. Lo que da atractivo a ese tipo de asuntos es la novedad; el tiempo trabaja en contra de Noëllie; el prestigio que ella pueda tener a los ojos de Maurice se desvanecerá. Eso sí, si quiero que nuestro amor salga indemne de esta prueba, no tengo que hacerme la víctima ni la energúmena. «Sé comprensiva, sé alegre. Antes que nada, sé amistosa», me dijo. Es así como finalmente ella reconquistó a Charles. La paciencia no es mi virtud dominante. Pero, efectivamente, debo esforzarme. Y no solo por táctica: por moral. He tenido exactamente la vida que deseaba, tengo que merecer ese privilegio. Si flaqueo ante el primer tropiezo, todo lo que pienso acerca de mí misma no es sino ilusión. Soy intransigente, me parezco a papá, y Maurice me estima por eso; pero con todo quiero comprender a los demás y saber adaptarme. Que un hombre tenga una aventura después de veintidós años de matrimonio, Isabelle tiene razón, es normal. Yo sería la anormal (infantil, en suma) no admitiéndolo.

Al dejar a Isabelle casi no tenía ganas de ir a ver a Marguerite, pero me había escrito una nota conmovedora y no quise decepcionarla. Tristeza de ese locutorio, de esos rostros de adolescentes oprimidos. Me mostró unos dibujos, nada feos. Querría hacer decoración, o al menos ser escaparatista. De todos modos, trabajar. Le he repetido las promesas del juez. Le dije qué diligencias había hecho para obtener la autorización para salir el domingo con ella. Tiene confianza en mí, me tiene cariño, tendrá paciencia, pero no indefinidamente.

Esta noche salgo con Maurice. Consejos de Isabelle y del correo del corazón: para recuperar a su marido, sea hermosa, elegante, salgan solos los dos. No tengo que recuperarlo, no lo he perdido. Pero tengo todavía





muchas preguntas que hacerle y la conversación será más sosegada si cenamos fuera. Por encima de todo, no quiero que parezca una intimidación.

Un detalle idiota me inquieta: ¿por qué tenía un vaso de whisky en la mano? Yo llamé: ¡Maurice! Despierta a las tres de la mañana, él adivinó que iba a interrogarlo. Por lo común, no cierra tan ruidosamente la puerta de entrada.

Martes 28 de septiembre

He bebido demasiado; pero Maurice se reía y me dijo que estaba encantadora. Es curioso: ha sido preciso que me haya engañado para que resucitemos las noches de nuestra juventud. Nada peor que la rutina; los choques despiertan. Saint-Germain-des-Prés ha cambiado desde 1946, el público es diferente. «Y es otra época», dijo Maurice con algo de tristeza. Pero yo no había puesto los pies en una discoteca desde hace cerca de quince años, y todo me encantó. Hemos bailado. En un momento dado me dijo, apretándome con mucha fuerza: «Nada ha cambiado entre nosotros dos». Y hemos charlado, sin ton ni son, pero yo estaba medio mareada, algo se me había olvidado. A grandes rasgos, es lo que yo suponía: Noëllie es una abogada brillante y devorada por la ambición; es una mujer sola (divorciada, con una hija) de costumbres muy libres, mundana, muy a la moda: justo lo contrario de mí. Maurice tuvo ganas de saber si podía gustar a ese tipo de mujer. «Si yo quisiera...»: me planteaba esa pregunta cuando flirteaba con Quillan; el único ligue de mi vida, y enseguida lo terminé. En Maurice, como en la mayoría de los hombres, dormitaba un adolescente nada seguro de sí mismo. Noëllie lo tranquilizó. Y es también evidentemente una cuestión epidérmica: ella es apetecible.

Miércoles 29 de septiembre

Era la primera vez que Maurice, que yo supiera, pasaba la velada con Noëllie. Fui con Isabelle a ver un viejo film de Bergman y comimos una *fondue*

en Hochepot. Con ella siempre me gusta estar. Ha conservado el ardor de nuestra adolescencia, cuando cada película, cada libro, cada cuadro era tan importante; ahora que mis hijas se han ido, la acompañaré más a menudo a exposiciones, a conciertos. Ella también dejó los estudios al casarse, pero ha conservado una vida intelectual más intensa que la mía. Hay que decir que ha tenido solamente un hijo que educar, y no dos hijas. Y además no está llena de «protegidos», como yo; con un marido ingeniero, tiene pocas ocasiones de encontrar alguno. Le dije que había adoptado fácilmente la táctica de la sonrisa, ya que estoy convencida de que efectivamente esta historia no cuenta tanto para Maurice. «Nada ha cambiado entre nosotros dos», me dijo anteayer.

De hecho, más me atormenté hace diez años: si tenía ambiciones nuevas, si su trabajo en Simca (rutinario, mal pagado pero que le dejaba tiempo libre y que él cumplía con tanta dedicación) no le bastaba era porque en casa se aburría, porque sus sentimientos hacia mí habían flaqueado. (El futuro me probó lo contrario. Únicamente lamento no participar para nada en lo que hace. Me hablaba de sus enfermos, me señalaba los casos interesantes, yo trataba de ayudarlos. Ahora estoy excluida de sus investigaciones y sus clientes del policlínico no necesitan de mí). Isabelle me fue útil también en aquel momento. Me convenció de respetar la libertad de Maurice. Era renunciar al viejo ideal que mi padre había encarnado y que sigue vivo en mí. Era más duro que cerrar los ojos ante una cana al aire.

Pregunté a Isabelle si era feliz.

—No me planteo la pregunta, así que supongo que la respuesta es sí.

En cualquier caso, se despierta contenta. ¡Me parece una buena definición de la felicidad! También yo, todas las mañanas, cuando abro los ojos, sonrío.

Esta mañana también. Antes de acostarme había tomado un poco de Nembutal y me dormí enseguida. Maurice me dijo que había regresado hacia la una. No le hice ninguna pregunta.

Lo que me ayuda es que no estoy físicamente celosa. Mi cuerpo ya no tiene treinta años, el de Maurice tampoco. Se encuentran con placer —raramente, a decir verdad— pero sin fiebre. ¡Oh!, no me engaño. Noëllie tiene





el atractivo de la novedad; en su cama Maurice rejuvenece. Esta idea me deja indiferente. Desconfiaría de una mujer que diera algo a Maurice. Pero mis encuentros con Noëllie y lo que he oído decir de ella me han informado lo suficiente. Encarna todo lo que nos disgusta: la avidez por llegar, el esnobismo, el gusto por el dinero, la pasión de aparentar. No tiene ninguna idea personal, carece radicalmente de sensibilidad: sigue la moda. Hay tanto impudor y exhibicionismo en sus coqueterías que hasta me pregunto si no es frígida.

Jueves 30 de septiembre

Colette tenía 36,9° esta mañana al levantarse. Maurice dice que es una enfermedad que en este momento es común en París: fiebre, adelgazamiento, y después se pasa. No sé por qué, al verla ir y venir por ese apartamentito, he comprendido un poco el pesar de Maurice. No es menos inteligente que su hermana; la química le interesaba, sus estudios iban bien, es una lástima que los haya dejado. ¿Qué va a hacer todos los días? Debería aprobarla; ha escogido la misma vía que yo: pero yo tenía a Maurice. Ella tiene a Jean-Pierre, evidentemente. Un hombre al que no se ama es difícil imaginar que basta para colmar una vida.

Larga carta de Lucienne, apasionada por sus estudios y por Norteamérica.

Buscar una mesa para el salón. Ir a ver a la viejecita paralítica de Bagnolet.

¿Por qué continuar este diario puesto que no tengo nada que anotar en él? Lo empecé porque mi soledad me desconcertaba; lo he continuado por malestar, porque la actitud de Maurice me confundía. Pero ese malestar se ha disipado ahora que veo las cosas con claridad, y creo que voy a dejar esta libreta.

Viernes 1 de octubre

Por vez primera he reaccionado mal. A la hora del desayuno. Maurice me dijo que de ahora en adelante, cuando salga por la noche con Noëllie, se

quedará toda la noche en su casa. «Es más decente tanto para ella como para mí», asegura él.

—Ya que aceptas que tenga este lío, déjamelos vivir correctamente.

Teniendo en cuenta la cantidad de tardes que pasa en el laboratorio, la cantidad de almuerzos que se salta, dedica a Noëllie casi tanto tiempo como a mí. He protestado. Me ha aturdido con cálculos. Si hacemos la cuenta en horas, de acuerdo, está más tiempo conmigo. Pero durante muchas de esas horas trabaja, lee revistas o bien estamos con amigos. Cuando está cerca de Noëllie, se dedica solamente a ella.

He terminado por ceder. Puesto que he adoptado una actitud comprensiva, conciliadora, debo atenerme a ella. No hacerle frente. Si le arruino su aventura, la embellecerá a distancia, tendrá nostalgia. Si le permito vivirla «correctamente» se cansará pronto. Es lo que Isabelle me ha asegurado. Me repito: «Paciencia».

Con todo, tengo que reconocer que a la edad de Maurice una historia epidérmica es algo que cuenta. En Mougins, evidentemente, pensaba en Noëllie. Comprendo esa ansiedad en su mirada, en el aeropuerto de Niza: se preguntaba si yo sospechaba algo. ¿O sentía vergüenza por haberme mentido? ¿Era vergüenza o ansiedad? Recuerdo su rostro pero lo descifro con dificultad.

Sábado 2 de octubre. Por la mañana

Están en pijama, beben café, sonríen... Esta visión me lastima. Cuando uno se golpea contra una piedra, al principio siente el golpe; el sufrimiento viene después: con una semana de retraso, empiezo a sufrir. Antes, estaba más bien estupefacta. Razonaba, alejaba ese dolor que esta mañana me asalta: las imágenes. Doy vueltas por el apartamento: a cada paso invoco otra imagen. He abierto su armario. He mirado sus pijamas, sus camisas, sus calzoncillos, sus camisetas; y me he echado a llorar. Que otra pueda acariciar su mejilla contra la suavidad de esa seda, la ternura de ese suéter, no lo soporto.